De El Trujamán, Revista diaria de traducción.

Lunes 18 de noviembre de 2002

Sugerencias para traductores novatos

Por Amparo Arróspide

Triste, no obstante, por no poder encabezar esta nota con un título como *Seis personajes en busca de un traductor*, por el abismo que separa a autores de traductores, humildes los segundos las más de las veces, arrogantes los primeros, quisiera rozar informalmente uno de los tentáculos de la traducción, tentáculos digo y no aspectos, por provenir del pulpo o de la hidra en que puede convertirse la profesión para el que quiera vivir exclusivamente de ella, como es mi caso, sin poder acogerme a veces ni a los brazos de Morfeo, por la celeridad de las entregas y lo ceñido de los plazos, ni a los de la Imaginación. Presa, pues, alguna noche entre los tentáculos de un texto no de ficción, sino, por ejemplo, de divulgación educativa, rama historia, razoné en las operaciones que llevaba a cabo para terminar el trabajo en el menor tiempo posible y para que a la vez resultara digno y aceptable, en cuanto a sintaxis, morfología y todo lo demás, para los críticos (comité editorial, correctores). El secreto, o al menos uno de los ingredientes, resultó ser la adecuación al registro previo elegido. El registro previo es un modelo (que no tiene por qué existir fuera de la mente del traductor), fruto de muchas lecturas de textos afines (clasificados por género, entre otras posibles categorías), que al instante se ilumina en nuestra cabeza indicándonos un camino a seguir, un *molde* donde cabrá lo aún no traducido, una vez procesado. Por seguir con la metáfora, irán encendiéndose los interruptores ante cada palabra acertada, cada pieza del *puzzle*, siempre y cuando no nos salgamos del tema ni de las dimensiones que el sentido común aconseja. Resulta una operación intelectual de lo más simple, en apariencia, pero entretenida. Prueben a rellenar el molde de destino con un tampón de palabras, un *buffer* que reproduzca lo más posible el original. A esta operación se la suele llamar *documentarse*, pero en realidad no consiste tanto en enterarnos cabalmente de lo que leemos, para irlo traduciendo después o a-medida-que, sino en que crea enterarse de algo ese otro lector final, multiplicado a su vez en hidra de miles de cabeza por edición, al que servimos fielmente, y de cuya lengua materna también mamamos.